

Influencia de los descubrimientos en la ideología europea. El origen de «La Utopía», como fruto del descubrimiento colombino

DEMETRIO RAMOS

De la Real Academia de la Historia

El descubrimiento fue un acontecimiento que repercutió inmediatamente en el mundo de las ideas, pues produjo un revulsivo que hoy no nos atrevemos a medir, sobre todo en lo que despojó a la humanidad de la involución plena que representaba el Renacimiento. Por eso no puede extrañar que reaparecieran los mitos clásicos. Despegándose solo en cierto modo (pues el punto de partida antiguo es indiscutible) está el *utopismo* o aspiración a la felicidad perdida. Pero la Utopía no se fosilizaría en el pasado, sino que sería ya un motor que abriría el dinamismo de los proyectos ideológicos que han llegado al mundo contemporáneo.

Cuando alguien preguntó qué debía a España la literatura utópica, no se tenía en cuenta que la idealidad máxima era consecuencia de la Fe, porque sin Fe no es posible la ilusión más acabada del hombre. Por eso, forzosamente tuvo que nacer entre los judíos y conformarse con los griegos —que también se creyeron los elegidos de los dioses—, como luego, cuando los españoles emprendieron la gran aventura de los descubrimientos, pues también empujaba al velamen desplegado de sus carabelas la rotunda razón de sentirse instrumentos de la Providencia. He aquí porqué, forzosamente, tuvieron que

Anales de Historia Contemporánea, 8 (Murcia, 1990-1991)



empalmar aquellos españoles de los descubrimientos con los supuestos islotes-paraíso, pues ¿no se afirmó que el máximo paraíso, el de Adán y Eva, estuvo en una gran isla en el extremo del mundo? ¿Y no pensó Colón, consecuentemente —como lo escribí al retorno del primer viaje— que había navegado en sus proximidades? Por eso no fue solo cuestión de óptica la relación que López Estrada vio entre Tomás Moro y España¹.

La tradición y la esperanza, como visión del pasado y del futuro, aparecen emparejadas por Germán Arciniegas, en su *Biografía del Caribe*, casi como un símbolo de la esencialidad del mundo que Colón recorrió, en el que cabía encontrar a las amazonas o la antesala del Paraíso, al mismo tiempo que todo lo imprevisto.

Pero no sólo era el espacio el que provocó el desbordamiento de la imaginación, sino también, y muy especialmente, la época. Pues al producirse el auge descubridor, empujando al misterio, todo navegante creía encontrar en cada isla algo con lo que soñó antes de emprender la aventura, tal como si la realidad fuera el fruto de la fantasía. Por eso renacían las viejas leyendas —de paraísos y riquezas—, es decir, lo inventado en el pasado, convertido en tradición, porque inventar novedades no era tan fácil, si no iba por delante la esperanza sobre lo expuesto.

En sus especulaciones sobre las huidas de los hombres en busca de un Ideal, Jean Brun convirtió en protagonista fundamental al propio hecho de viajar hacia lo desconocido, como si la existencia de ese espacio, hasta su agotamiento, fuera el factor único y total responsable. «Tal es la razón —dice— por la cual florecen en esta época [de los descubrimientos] los relatos de política-ficción, en los cuales el Paraíso urbanizado se encuentra translocalizado en cualquier país mítico», donde se da por supuesto que los hombres viven bajo un régimen ejemplar, que pronto se desvanece, para «translocalizarle» otra vez, poco más lejos, hasta que, agotados los descubrimientos, se concluye que «un tal Paraíso debe ser antes intelectualmente definido y después construido, racionalmente»², con lo cual del pretendido hallazgo se pasa a la posibilidad del progreso en el tiempo. Esta es nuestra situación de hoy.

Muy sugestiva resulta esta concepción mecanicista, aunque no la consideremos del todo convincente, precisamente porque no es el *viaje* —el espacio— el protagonista, sino la *coyuntura ideológica*. Cuando Machado presentó las tres posturas antitéticas que, como espectáculo, parecía ofrecer la Castilla de anteayer —«¿espera, duerme, sueña?»—, no hacía otra cosa que contraponer un hecho de desmantelamiento a otro de dominio, en el que sucedió todo lo contrario. ¿Por qué? Porque en realidad se trata de una *acción* —lo contrario de pasividad—, que está en toda la Reconquista, en la colonización de la tierra, en el asentamiento de repobladores, en el empuje de la frontera y en la marcha de los gigantes ganados hacia el sur. Esta «Castilla miraba hacia el mañana»³, con

1 F. LOPEZ ESTRADA: *Tomás Moro y España: sus relaciones hasta el S. XVIII*. Madrid. 1980.

2 Jean BRUN: *Les vagabonds de l'Occident: L'expérience du voyage et la prison du moi*. Desclée. Paris. 1976. p. 50.

3 Claudio SANCHEZ ALBORNOZ: *España, un enigma histórico*. Buenos Aires, 1956. T. II. p. 603.

la sensación de estar cumpliendo una justicia histórica. Era, pues, una ideología la que estaba moviendo la acción: seguir adelante, hacia el futuro.

Un fenómeno en cierto modo semejante —mejorar el mañana y revolverse contra lo impurificado— es lo que se agitaba también en el pensamiento de los hombres más espiritualistas de la época, a partir del s. XIII, destacándose inicialmente el abad Joaquín de Fiore. El estudio de John L. Phelan⁴ y, sobre todo, el de Alain Milhou⁵ demuestran hasta qué extremo se dio esa ansia recrecida en los años del descubrimiento. Era la época en que Nicolás de Lyra sería casi un oráculo de inspiración espiritualista, en el auge de la *philosophia Christi* que impregna, en el momento que nos interesa, a figura tan relevante como Erasmo. El *renacimiento* espiritual —que ansía la construcción de la nueva cristiandad, exenta de impurezas— tiene presente y piensa en la Iglesia evangélica, es decir, en la tradición, pero con la esperanza de restablecerla, como paso decisivo para la nueva edad de Cristo. Cuando tales ideas están redondeándose, el descubrimiento americano, como los descubrimientos índicos, abren paso a la gran expectativa⁶. Porque para las gentes de aquel entonces la esperanza no era «engañamiento de la alma» sino, al contrario —según se dice en la *Crónica General*—, la que «aduce al home a haber fiunza de allegar cabo adelante aquello en que ha fe».

Colón, en su *Diario* del viaje, no tuvo el menor reparo —al contrario— en presentar el descubrimiento como hecho providencial, de inmensa trascendencia para el cristianismo, pues el mismo viaje «Nuestro Señor le había dexado hazer y le quiso alumbrar en él. Porque ciertamente, allende qué l sabía y tenía firme y fuerte sin escrúpulos que su Alta Magestad hace todas las cosas buenas... esto deste viaje cognosco —dize el Almirante— que milagrosamente lo ha mostrado así... por muchos milagros señalados que ha mostrado en el viaje... el cual espero en Nuestro Señor que será la mayor honra de la Cristiandad que así ligeramente haya jamás aparecido»⁷.

Cierto que este texto del *Diario* no se divulgó y, por lo tanto, no pudo ejercer la menor influencia; pero sí logró gran difusión la famosa *Carta* que, como del Almirante, se imprimió tan repetidas veces en tan poco tiempo, incluso en lugares que —como Amberes (en el mismo 1493), Basilea (con las grandes ediciones *De insulis inventis* y *De insulis nuper inventis*, (1493-1494)—. París (tres ediciones en 1493) y Estrasburgo (ya en 1497), obliga a pensar que tuvo que ser conocida por Erasmo y su círculo. Pues bien, el texto de esta carta insiste en la absoluta originalidad de los indios, que «no

4 John L. PHELAN: *El reino milenarío de los franciscanos en el Nuevo Mundo*. Mexico. Inst. de Invest. Históricas. 1972. (traduc. por Josefina Vázquez de la edc. inglesa).

5 Alain MILHOU: *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*. Valladolid. 1983.

6 Marcel BATAILLON: *Erasmo y España*. Ed. Fondo de Cultura. México. Corregida y aumentada, 1966, ofrece el cuadro de la época cisneriana, pp. 49. Sobre Nebrija —le llama, precursor del erasmismo—, pp. 25 y ss.

conosçían ninguna secta ni ydolatría, salvo que todos creen que las fuerças y el bien es en el çielo»⁸.

A lo que añadía, como conclusión —después de muchas ponderaciones—, que «nuestro Redentor dio una vitoria a nuestros ylustrísimos Rey y Reyna e a sus Reynos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad deve tomar alegría y fazer grandes fiestas, dar gracias solenes a la Santa Trinidad con muchas oraçiones solenes por el tanto ensalçamiento que avrán en tornándose tantos pueblos a nuestra santa fe, y después por los bienes temporales...».

Naturalmente, estas noticias tan sorprendentes tuvieron que producir grandes efectos en todos los cenáculos humanistas y, como es lógico, entre los círculos de mercaderes —entre ellos los de Flandes—, tanto como entre los importantes núcleos de espiritualidad, que en la época debieron recibir esta aparición de una humanidad limpia con el mayor interés.

Claro es que esas novedades sobre aquel mundo de islas del que hablaba la *Carta de Colón* eran, al mismo tiempo que una esperanza, una peligrosa tentación, sobre todo ante las seguridades materiales que ofrecía, al prometer a los Reyes de Castilla «que yo les daré oro quanto ovyieren menester... agora espeçiería y algodón quanto sus altezas mandaran; y almasiga quanta mandaren cargar... lignaloe, quanto mandaren cargar; esclavos quanto manderen cargar... y creo aver fallado rryvarvo y canelas, y otras mil cosas de sustançia fallaré...»⁹. Pero, por encima de todo, la larga carta rezumaba noticias áureas. Así, cuando habla de los grandes ríos de La Española: «los más de los quales traen oro»¹⁰; del mismo modo que había, en esta o aquella parte, «grandes minas de oro»; cómo los indígenas entregaban el que tenían por cualquier cosa, pues «davan... quanto tenían, aunque fuesen dos ni tres castellanos de oro»¹¹. Esa facilidad culminaba en La Española, la mejor «comarca para las minas de oro»¹², aunque había otra isla cercana, mayor que La Española en que «ay oro syn cuento»¹³.

¿Qué podía pensar, ante estas noticias, un espiritualista de aquella hora? Lógicamente, su actitud había de atender a las dos vertientes que se ofrecían: una, optimista, ante la confirmación de la posibilidad de una vida simple y feliz, tal como se derivaba de aquel cuadro humano de gentes sin envidia, hechos en la generosidad más franca. Pero también con gran preocupación, ante el riesgo palpable del desbordamiento de la codicia, ya que parecía lógico que estas perspectivas desencadenaran la fiebre del oro, con

8 *La Carta de Colón sobre el descubrimiento*, con estudio de Demetrio Ramos Pérez y transcripción de Lucio Mijares Pérez. Ed. de la Diputación de Granada. 1983. Párrafo 9. Con más amplitud, Demetrio RAMOS: *La primera noticia de América*.— Valladolid, serie «Cuadernos Colombinos», 1985.

9 Carta (7), párrafo 20.

10 Carta (7), párrafo 5.

11 Carta (7), párrafo 8.

12 Carta (7), párrafo 15.

13 Carta (7), párrafo 19.

todos sus males. Ejemplo bien claro del concepto que merecía a la riqueza a los espiritualistas de la época, por su función pudridora, lo tenemos en el juicio de Erasmo, que es particularmente ilustrativo al plantearnos el problema en su *Elogio de la locura*. En el habla —como contraposición— de dos clases de demencia: «una vomitada por los infiernos, cada vez que las Furias vengadoras lanzan sus serpientes para encender en el corazón de los mortales el ardor de la guerra, la sed insaciable del oro». Es, pues, ésta, con otras semejantes, una de las plagas más terribles que podían caer sobre la humanidad, como vomitada por los infiernos¹⁴. En el otro campo estaba la demencia contraria, como el «mayor bien que se puede desear», consistente en un tipo de febril deseo producido «cada vez que una dulce ilusión libra al alma de punzantes cuidados», que se genera «como un gran favor» de la providencia, capaz de imaginar —como el habitante de Argos suponía— las «más bellas obras del mundo»¹⁵, aunque en el teatro ni siquiera se representara nada.

¿No es un propósito comparable al que informa este contraste el que se da entre el *Elogio de la locura* de Erasmo y la *Utopía* de su amigo¹⁶ Tomás Moro? Porque, además de que ambas obras no estuvieron distanciadas más que por muy corto tiempo, se emparentan por la amistad estrecha de sus autores; por el estilo de «broma» con que se escriben las dos; por la brevedad del desarrollo y por responder a las cuestiones más imperativas del momento: la de Erasmo, para fustigar los vicios que impurificaban a la sociedad cristiana del viejo mundo; la de Moro, para ofrecer la «dulce ilusión» de la esperanza, con el Nuevo, al mismo tiempo que trataba de salir al paso de la presumible demencia de la «sed insaciable del oro» tema en el que Erasmo no llegó a hundir el escalpelo. ¿Era también otro «juego», como el del humanista de Rotterdam, pero llevado a cabo, como respuesta, por el humanista inglés, en las tierras de su amigo?

Hay un impulso común: la ideología humanística que gravita sobre la conciencia europea de principios del S. XVI. Pero hay una distancia circunstancial entre las dos obras, más allá de ese parentesco que las enlaza: que la de Erasmo está redactada como si su autor no supiera aún nada del mundo que surgía de los descubrimientos. O como si, a pesar de saberlo —y ésta era la realidad—, no lo valorara. Erasmo vivía mirando al

14 En el *Eclesiastes* ya se prevenía: «que el oro puede mucho y pervierte el corazón de los reyes» (8,3).

15 ERASMO DE ROTTERDAM: *Elogio de la locura*. Utilizamos la traducción de José A. Luengo, que publicó la Editorial Prometeo. Valencia, (1932?), ps. 72-73.

16 No olvidemos que Erasmo dedicó la obra a Tomás Moro, pues incluso en la carta dedicatoria fechada en el campo a 9 de junio de 1508, le dice que el título y el planteamiento tiene relación con su apellido: «¿Que Minerva —me dirás tú— te ha metido en la cabeza semejante idea? En primer lugar, tu nombre de familia, Moro, tan parecido a la palabra Moria» (que en griego significa *locura*). Dice dedicársela también por escribirla en tono zumbón, pues «he pensado que este juego de mi imaginación te agradaría más que a nadie, visto que semejante género de broma... te divierte mucho» (p. VIII). Es más, por la *Carta apologética de Erasmo a Martín Durp*, sabemos que, por añadidura, el *Elogio* fue escrito «en casa de mi amigo Moro» después del viaje a Italia (p. 182).

Rhin, a Basilea, o a Italia y Grecia, empapado de cultura clásica y con su norte en el pasado, para generar un presente, consecuencia del mismo. En cambio, Moro escribe mirando al Océano, a las Azores, a las Canarias, empapado de la cultura clásica también, pero mirando al futuro para prevenir al presente de la nueva corrupción que las riquezas de ultramar serían capaces de generar.

Como escribió Elliot, «el propio sentido de insatisfacción de la cristiandad del siglo XV halló su expresión en el ansia de volver a una situación más favorable. La vuelta debía ser al perdido paraíso cristiano, o a la Edad de Oro de los anteriores antepasados, o a alguna engañosa combinación de ambos». Al primer supuesto tendía el humanismo de Erasmo, como todo el movimiento de la prerreforma. Pero así, «con el descubrimiento de las Indias y de sus habitantes... era demasiado fácil transmutar el mundo ideal, de un mundo remoto en el tiempo, a un mundo remoto en el espacio. La Arcadia y el Edén podían localizarse ahora en las lejanas orillas del Atlántico»¹⁷.

Por eso la obra de Erasmo está repleta de Júpiter, Venus, Sileno, Cupido, Polifemo, musas y trasgos, como se habla tantas veces de Homero, Aristóteles, Cicerón, etc. Es más, el idealismo pagano no le interesa al autor, hasta el extremo de ironizar de las invenciones de Platón: «cítame —dice, por ejemplo— una ciudad que haya adoptado alguna vez las leyes de Platón o de Aristóteles...»¹⁸. Y esto no es casual, puesto que Erasmo lo repite: «gocen los estoicos en paz de su quimera, ámenla sin temor a rival alguno, pero llévensela con ellos a la República de Platón, a la región de las Ideas o a los jardines de Tántalo...»¹⁹. Toda elaboración idealista es para el humanista de Rotterdam un hecho irreal, por lo tanto, falso e inútil. Por el contrario, para Moro, que cuando escribe ya se había devorado los relatos de los descubrimientos, las fantasías idealistas no eran sólo cuestiones de imaginación de los antiguos, por cuanto se habían encontrado seres en situación de inocente pureza, que podían ser ejemplo de bondad. Eran, pues, un factor que permitía contrastar con una realidad existente, las ansias de una humanidad feliz, en lo posible. Como también —¡no lo olvidemos!— obligaba a prevenir nuevos males. Esta actitud de especial expectación de lo positivo es la que nos define estos párrafos de la *Utopía*, en los que Hitlodeo —el marino portugués que le relató sus aventuras— decía exponer muy gustoso las cosas «sabiamente dispuestas que advirtió» en los lejanos países, «pasando por alto la descripción de los monstruos, que no ofrece novedad alguna, ya que los Escilas, los rapaces Celemos, los Lestrigones devoradores de pueblos, y otros terribles y semejantes portentos, casi en ningún sitio dejan de encontrarse, mientras que no es tan fácil hallar ciudadanos gobernados recta y sabiamente. Por otra parte —insiste Moro—, así como vio entre esos nuevos pueblos muchas institu-

17 J. H. ELLIOT, *The Old World and the New, 1492-1650*. Cambridge University Press, 1970; traducción española de Rafael Sánchez Mantero, *El viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*. Madrid. Alianza Editorial, 1972. pp. 38-39.

18 Erasmo, *Elogio* (14), p. 48.

19 Erasmo, *Elogio* (14), p. 55.

ciones erróneas, notó, en cambio, no pocas *que podrían proporcionar ejemplos adecuados para corregir los errores de ciudades, naciones, pueblos y reinos*²⁰.

El mundo edénico entrevisto en los descubrimientos —interpretada la realidad sorprendida, de acuerdo con los supuestos paradisiacos o míticos de la «edad dorada»— provocaron, según la interpretación de Elliot, una respuesta doble «de dos mundos en particular, el religioso y el humanista», pues era lógico que «algunos miembros de las órdenes religiosas, desesperados por la corrupción de Europa, viesan una oportunidad para restablecer la Iglesia primitiva de los apóstoles en un mundo nuevo, al que todavía no habían alcanzado los vicios europeos. De acuerdo con la tradición redentorista y apocalíptica de los religiosos, las cuestiones de un nuevo mundo y del fin del mundo se unieron armoniosamente en la gran tarea de evangelizar a los incontables millones que no conocían nada acerca de la fe»²¹.

Pero, si esto es así, efectivamente, ¿qué puede decirse de los humanistas? Elliot apenas lo toca ya, contentándose con afirmar que ese cuadro idílico —el ofrecido por el descubridor ante la primera impresión—, fueron los humanistas «los que en mayor grado contribuyeron a crearlo, puesto que les permitió expresar su profundo descontento con la sociedad europea y, como consecuencia, criticarla»²². Era pues «la antítesis entre la inocencia y la corrupción». Pero ¿era justamente así? Nuestro criterio no es exactamente coincidente, y mucho menos en el caso de Tomás Moro, ya que si se tiene presente que los religiosos espiritualistas interpretaban la realidad a través de su óptica místico-apocalíptica, también hay que atender que el humanista —Moro, concretamente— no ve una realidad paradisiaca salvaje²³, de hombres desnudos y en estado natural, sino como podía entenderla a través del recuerdo de alguna sociedad clásica, perdida en el pasado y reencontrada. Tal como si respondiese a Erasmo y, al mismo tiempo a Platón que, por desconocerla, inventó una *República* que era fruto de un supuesto progreso, capaz de hacerla regir por sabios filósofos; mientras que la hallada no era hija del pensamiento idealista —objeto de las ironías del humanista de Rotterdam—, ni tampoco de un progreso, sino, al contrario, del aislamiento que permitió el mantenimiento ordenado de la ancestral «edad dorada» en ámbitos mínimos, como supervivientes, por haber sabido preservarse de los que pudieran frustrar su sabia y equilibrada organización.

20 Tomás MORO: *Utopía*. Traducción de Agustín Millares Carlo, en el volumen «Utopías del Renacimiento», con estudio preliminar de Eugenio Imaz, México, F.C.E., 7ª reimpresión en español (la de 1941), 1982, pp. 46-47.

21 Elliot (17), p. 39. Vid. sobre todo José Antonio Maravall, «La utopía político-religiosa de los franciscanos en Nueva España», en *Estudios Americanos*, (Sevilla), núm. 2, (1949), pp. 199-227. Marcel Bataillon, «Novo Mundo e fim do Mundo», en *Revista de Historia*, (Sao Paulo), núm. 18, (1954), pp. 344-351.

22 Elliot (17), p. 40.

23 Sobre la teoría idealista del buen salvaje —que es bien distinta del supuesto estado semiperfecto—, vid. B. Isaza, *El retorno a la naturaleza*, Madrid, 1934.

En este sentido cabría encajar ya el doble Renacimiento: el de los espiritualistas, que buscaban rehacer la sociedad evangélica, y el de la corriente más propiamente renacentista del humanismo, que reencontraba la «edad dorada», pero no extendida en general sobre el mundo no evolucionado —como lo quiso suponer Las Casas—, sino limitada a algún territorio, donde supieron tomar las debidas cautelas de aislamiento. Tal, por ejemplo, en un territorio de Persia, donde vivían «los vulgarmente llamados Politeritas, pueblo grande —dice Moro, por boca de Hitlodeo—, bien gobernado, regido por leyes propias», donde sus ciudadanos «viven, si no espléndida, cómodamente y más felices que famosos o ilustres...», y de los que explica sus leyes sobre el robo²⁴. Pero también, y con mayor incontaminación, en alguna otra parte, donde se llevaban a cabo los descubrimientos de islas ignoradas.

Así pues, contra lo supuesto por Brun, en el libro de Moro no sólo se hace un viaje al mundo de los descubridores, es decir, por el espacio, sino también y al mismo tiempo, a esos países que supieron organizarse racionalmente y que constituyen verdaderas reliquias de un tiempo vagamente indefinido, insertos en ese presente del que se defendían para poder servir, sin duda, para el futuro.

Mas, ¿de dónde sacó Moro su idea? ¿Dónde está el punto de partida de la *Utopía*? Este es el problema que debemos ver desligado de los supuestos que dejó sembrados Moro en su libro, más que para explicar livianamente el arranque de su feliz imaginación, para hurtarse de cualquier precisión y compromiso. Porque el caso es que, si Silvio Zavala —con su gran instinto de investigador— supone descubrir el reflejo que tuvo la *Utopía* en América²⁵, no nos hemos planteado en serio, después de ese gran paso, qué es lo que, al contrario, está reflejado en la obra de Moro. Apenas Chambers trató de penetrar en la verdad que Moro quiso velar a sus lectores²⁶. Si la influencia del descubrimiento de América en el gran humanista inglés es indiscutible, a la luz de lo que Chambers expuso hace tantos años, lo extraño es que no se haya llegado a precisar algo más sobre este aspecto de la *Utopía*, que tanto debe interesarnos a los españoles. Y lo peor es que, cuando se ha querido hacerlo, ha sido a impulso de audaces suposiciones, carentes del menor rigor, como fue el caso de Ezequiel Martínez Estrada, cuando se le antojó —e intentó demostrarlo, sin oficio para ello— que el modelo de *Utopía* fue

24 Moro, *Utopía* (20), pp. 27-58.

25 Silvio ZAVALA: *La «Utopía» de Tomás Moro en la Nueva España*, México, 1937, en el vol. IV de la Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, reeditado en *Memoria de El Colegio Nacional*, IV-4, México, 1949, pp. 49-78. Se centro Zavala en la actividad de Vasco de Quiroga, fundador de los famosos hospitales, quien escribió claramente: «...porque no en vano, sino con mucha causa y razón, éste de acá se llama nuevo mundo; no porque se halló de nuevo, sino porque es en gente y cuasi en todo como fue aquel de la primera edad y de oro...». Recopilación de trabajos del gran historiador mexicano, sobre el tema que nos interesa, en *Recuerdo de Vasco de Quiroga*, Mexico, 1965.

26 R. W. CHAMBERS: *Thomas More*. Nueva York, 1935, pp. 138 y ss.

lo que supo Moro de la isla de Cuba, donde así se ha querido localizar la tierra de *Utopía*^{26 bis}.

Si para Vasco de Quiroga, residente en la Nueva España, la «edad dorada» estaba confirmada en la realidad, por lo que él creyó entender del pasado prehispánico en México, donde los indios se ayudaban fraternalmente entre sí, «cuasi de la misma manera que he hallado en Luciano en sus *Saturnales* que eran los siervos entre aquellas gentes que llaman de oro y edad dorada de los tiempos de los reinos de Saturno, en que parece que había en todo y por todo la misma manera e igualdad, simplicidad, bondad, obediencia, humildad... que ahora en este Nuevo Mundo parece que hay y se ve en aquestos naturales»²⁷, ¿cómo no, a distancia, los supuestos fabulosos habían de dejar de producir toda clase de idealizaciones, entre quienes estuvieran predispuestos a recibir tan esperanzadoras novedades?

Por otra parte, el arranque de la idea tuvo que partir de un *ejemplo*, como pudo ser el caso del plan utópico español que se elaboró para Nicolás de Ovando en 1503^{27 bis}. Debe tenerse presente que el matrimonio de la infanta Catalina con el heredero inglés tuvo lugar en 1497, año en el que culminó el propósito colombino con lo convenido en Medina del Campo. Así, es forzoso que la infanta se trasladara a Londres con la preocupación indianista vivida en la Corte, como también que siguiera con atención los propósitos y noticias que se difundirían en su círculo, al que Moro no fue precisamente ajeno.

Naturalmente, Moro es el mejor ejemplo de ese efecto idealizador de los descubrimientos. Pero ¿de cuáles? En su *Libellus vere aureus nec minus salutaris quam festivus de optimo republicae statu deque nova insula Utopia* —que fue el título con que se publicó la gran pequeña obra en Lovaina, en 1516—, Moro dice algo sobre ello, aunque sólo con detalles confusos, que son formas de eludir el compromiso. Pero, claro es, incurriendo en errores que denuncian —aunque no era necesario un gran esfuerzo para descubrirlo— la superchería.

En efecto, explica Moro que el marino que Pedro Egidio le presentó en Amberes —con ocasión del viaje que hizo a Flandes, formando parte de la embajada enviada por

26 bis Ezequiel MARTINEZ ESTRADA: *En torno a Kafka y otros ensayos*. Barcelona. 1967, donde se incluye el que tituló *El Nuevo Mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba*, pp. 221-271. Dice que la idea de ser Cuba la Utopía de Moro se la comunicó Jesús Silva Herzog, y supone que el humanista inglés se basó en las cartas de Mártir de Anglería, compiladas en *De Orbe Novo*, sin saber que esa forma epistolar de la crónica era mera apariencia. Los errores en que incurre el ensayista denotan bien a las claras que penetraba en un campo para el que sólo tenía afición.

27 Vasco de QUIROGA: *Información en Derecho*, fechada en México a 24 de julio de 1535, elevada al Consejo de Indias, reproducida —con notables defectos— en la Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de América y Oceanía, t. X, Madrid, 1868. Recientemente fue estudiada por Paulino Castañeda (43).

27 bis Demetrio RAMOS: «Nicolás de Ovando y la primera Utopía americana», en *Actas y ponencias del Congreso de Historia de Extremadura*, Badajoz, pp. 417-425.

el rey de Inglaterra para tratar con el futuro Carlos V— dijo ser portugués, apellidado Hitlodeo, y que navegó con Vespucio en los tres últimos viajes²⁸, aunque la aventura del arribo a Utopía la reserva para del postrero, en el que, según el relato vespuciano, después de llegar a una bahía que llamaron de Todos los Santos, en la costa brasileña, siguieron adelante, rumbo sur, unas 250 lenguas, donde decidió construir una fortaleza para dejar en ella 24 hombres, recogidos de la nave del almirante lusitano, que naufragó en los bajos de una isla²⁹.

Uno de estos hombres era Hitlodeo, quien «habiendo recorrido, después de la marcha de Vespucio muchas regiones —refiere Moro en su *Utopía*—, con cinco compañeros del fortín, vino [Hitlodeo] a parar, con admirable suerte, a Taprobana y de aquí a Calicut, donde encontró muy pronto unos barcos portugueses que lo condujeron a su patria...»³⁰. Tan asombroso viaje —como si hubiera sido otro Cabral—, además, lo realizaron «en canoas por agua, y por tierra en un carro». Tan disparatado procedimiento es aún más llamativo con estos medios. Aunque se aumentan los imposibles cuando añade que «por debajo de la línea del ecuador y a ambos de sus lados... existen enormes desiertos, abrasados por un calor perpetuo. Sólo hay allí aridez...»³¹. Como Moro no podía recoger esta noticia de quien hubiera de verdad recorrido esas latitudes, nos descubre tamaño error que está tomando esta estampa de la idea tradicional que se tenía del mundo ecuatorial, como zona árida, abrasada por el calor, y por consiguiente, inhabitable. Como también incurre Moro en el error de hacer decir el fantástico Hitlodeo que, llegados ya al Oriente, «logró gran predicamento... por haberles enseñado [a sus habitantes] el uso de la brújula —y añade, para empeorarlo aún más— de la que no tenían antes la menor noticia», por lo que apenas acostumbraban a navegar allí.

Moro, sin género de duda, se dejó guiar por las ideas ptolemaicas —la gran autoridad del pasado— al hacer el relato, por boca de Hitlodeo, de su aventura. Todo el supuesto denota el propósito de eludir los hechos de un viaje conocido con toda precisión, porque entonces su Utopía no podría fingirla, mientras que cabía incluyéndola en la órbita de una navegación confusa. De aquí que utilice precisamente el cuarto viaje vespuciano, que se fija en 1503-1504, según las *Quatuor Navigationis*, que es el más difuso, imprecisión que asegura aún más el hacerle a Hitlodeo ya protagonista, al tentar la aventura por su cuenta desde el fortín levantado por el florentino en una tierra indeterminada de la costa brasileña. Así, la vaguedad necesaria y la carencia de compromiso con una na-

28 Por consiguiente, tendría que haber formado parte de la tripulación de Alonso de Ojeda, en su primer viaje, lo cual es casi imposible.

29 Así figura en las *Quatuor Americi Vesputti navigationes*. Vid. transcripción y traducción en Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del S. XV*, ed. B.A.E., con estudio de Carlos Seco Serrano, Madrid, 1955, T. II, p. 172.

30 Moro, *Utopía* (19), p. 45.

31 Moro, *Utopía* (19), pp. 45-46.

vegación cierta quedaban garantizadas³². Se eligió este viaje, por consiguiente, por ser el que brindaba esa mejor posibilidad a los propósitos que concibió Moro.

De este viaje, como es sabido, se habla en la famosa *Lettera* de Vespucio del 4 de septiembre de 1504, que fue impresa en 1505 o 1506 por Gian Stefano di Carlo de Pavia, por el librero Piero Paccini. Una versión latina de la misma, hecha por Jean Basin de Sendacour, para el humanista Martin Waldseemüller, es la que recibió el nombre de *Quatuor Navigationis* y que se publicó por éste, en abril de 1507, unida a la *Cosmographie Introductio*. Creemos que esta versión es la que llegó a conocer Moro, ya que fue obra del cenáculo humanista de Saint Die, conocido como Gymnasie Vosgien, con el que forzosamente tendría relación Moro, Pedro Egidio, de Ambres, y presumiblemente el propio Erasmo. El hecho de que Moro dedicara su *Utopía* a Pedro Egidio —a quien le remitió el manuscrito, con el pretexto de hacerle en su obra testigo de las confidencias de Hitlodeo— permite presumir que él fuera quien le proporcionó la *Cosmographie* de Valdseemüller y con quien concibió la idea de escribir su genial fantasía. En este sentido cabe interpretar el comienzo de la carta de Tomás Moro a Pedro Egidio, que sirve de prólogo a la obra: «avergüenzome, queridísimo Pedro Egidio, de enviarte, casi al cabo de un año, este librito acerca de la República Utópica, que no dudo esperabas hace mes y medio...». Así se explica que le pidiera en esa carta-dedicatoria que la supuesta duda que tenía sobre la longitud del puente tendido sobre el río Anidro, la consultara «con el propio Rafael [Hitlodeo], en persona o por escrito», como si tal personaje existiera. ¡Era una de las humoradas del autor!

Se trataba, en fin, de otra de las bambalinas que enmarcaban la obra del genial humanista, tan encajada en la necesaria imprecisión, que supo enmascarar con otro ruego a Pedro Egidio, al encargarle también que tratar con Hitlodeo del vacío más llamativo, pues «ni a nosotros se nos ocurrió preguntarle, ni a él decirnos, en qué parte de aquel mundo está situada Utopía», pues «me avergüenzo ignorar en qué mar se halla esta isla, acerca de la cual he de contar tantas cosas»³³, puesto que —dice— un varón *piadoso y teólogo de profesión* deseaba trasladarse a Utopía para proseguir su evangelización y había de procurar que el Papa «le enviase allá, nombrándole obispo». ¡Otro error de Moro, que pone al descubierto, una vez más, su montaje, puesto que no era posible tal iniciativa en un inglés, cuando los reyes de Portugal y de España tenían la plena jurisdicción, por las bulas papales!³⁴.

32 Tan falta de detalle estaba esta expedición de Gonçalo Coelho, de 1503-1504, en la que fue Américo Vespucio, que casi todos los cronistas la confunden con el viaje 1501-1502. Otros tratadistas, como Magnani, negaron rotundamente su realización. Sólo quedó definitivamente demostrado el viaje y clarificado el itinerario hace unos cuantos años, cuando el gran investigador portugués Avelino Teixeira da Mota publicó *Novos documentos sobre una expedição de Gonçalo Coelho ao Brasil, entre 1503 e 1505*, Lisboa, Junta de Investigações de Ultramar, 1969.

33 Moro, *Utopía* (19), p. 41.

34 Sobre las concesiones pontificias hay abundante literatura. Claro es que el Papa podía designar *motu proprio* los obispos, al no haberse redondeado la donación con el derecho de patronato; mas en cualquier caso, la designación había de ser comunicada al monarca soberano y, como era lógico, la protestaría.

Pues bien, a pesar de todos estos detalles, forzosamente contradictorios con un viaje auténtico, se ha pasado por alto el verdadero fundamento de la *Utopía*, con una cómoda aceptación de lo que Moro dijo. Así, por ejemplo, Eugenio Imaz, en 1941, dio como evidente la inspiración de Moro «en el otro mundo, en el *Nuevo Mundo Vespucciano*»³⁵, pues si no cree en la fábula del viaje —puro recurso expositivo—, si admite el impulso florentino, pues «por entonces Américo Vespuccio descubría el nuevo mundo a los europeos», con la divulgación de sus viajes. Así, «la presencia de América (la tierra hallada por Américo, según Waldseemüller), ha hecho surgir la utopía, al haber sido posible el viaje de Hitlodeo, compañero imaginario de Américo Vespuccio»³⁶.

Para Parks, en cambio, el viaje de Hitlodeo, desde la costa brasileña a la Taprobana (Ceilán) y Calicut, para volver a Lisboa, era una genial invención, en virtud de la cual vino a realizarse «en la imaginación de Tomás Moro la vuelta al mundo [el entonces conocido] antes de que la hubiese completado Juan Sebastián Elcano en 1522»³⁷, con lo cual, si no acepta la inspiración del relato vespucciano, como resorte promotor, no se desentiende del mismo, como recurso, para considerar ese posible simbolismo del *recorrido total* de la época, a la manera de un Ulises en su tiempo, como se dice en el texto, si bien —lo retoca el propio Moro—, «o mejor aún, como Platón», es decir, como obra también del pensamiento, aunque dando por supuesta una realidad viva.

Vázquez de Prada, sin aplicar un criterio crítico de historiador, atento más al contenido de *Utopía* que a su motivo, llega a aceptar el encuentro con Hitlodeo, hasta el extremo de decir de él que «bien podía haber estudiado para cosmógrafo en la Escuela de Sagres»³⁸ lo que es una curiosa ingenuidad. Algo semejante vemos en otro excelente libro, el más reciente que conocemos sobre el tema —en su generalidad—, debido a Isaac J. Pardo, quien personaliza de tal manera al supuesto marino portugués que llega a escribir que «cuando Hitlodeo visitó Inglaterra, tuvo ocasión de conocer al canciller cardenal Morton, a cuya mesa fue invitado»³⁹, siguiendo el relato que se hace en la *Utopía*, en aquel diálogo en el que se finge la discusión sobre la pena de muerte aplicada a los ladrones⁴⁰.

Este desentendimiento de cualquier interés por establecer la realidad obliga a que nos fijemos en un detalle que consideramos muy significativo, pues no se nos habla de una

35 Eugenio IMAZ: *Topía y Utopía*, estudio preliminar a las obras de Moro, Tomaso Campanella y Francis Bacon, agrupadas bajo el título de *Utopías del Renacimiento*, México, Fondo de Cultura, 1982 (citamos por la 7ª ed.), p. 10.

36 Imaz: (34), p. 13.

37 Georges B. PARKS: «More's Utopia and Geography», en *Journal of English and Germanic Philology*, XXXVII, 1938, pp. 224-239.

38 Andrés VÁZQUEZ DE PRADA: *Sir Tomas Moro*, Madrid, Rialp, 3ª ed. 1983, p. 182.

39 Isaac J. PARDO: *Fuegos bajo el agua: la invención de Utopía*, Caracas, La Casa de Bello, 1983, p. 697. En este libro se reconstruye, con una excelente base erudita, el origen y despliegue de todos los proyectos de feliz sociedad que se han dado.

40 Moro, *Utopía* (19), parte I, pp. 49-50.

sociedad aislada y superviviente del pasado que se proyectó del propio mundo natural, sino en cierto modo, de la antigüedad clásica, pues «hace de esto unos mil doscientos años —decía Moro—, llegó hasta allí, arrastrada por la tempestad, una nave que naufragó junto a la isla de Utopía «arrojando a la costa a unos cuantos romanos y egipcios que nunca más se alejaron de aquella tierra». Y gracias a este recurso, inventando tal circunstancia fortuita, supo sacar la diligencia de los utópicos —informaba Hitlodeo— que «no hubo en el Imperio romano arte susceptible de algún provecho que (por este suceso) ellos no aprendiesen de sus huéspedes naufragos o no descubriesen por sí mismos, luego que pudieron asimilarse los elementos fundamentales para su ejercicio: tanta ventaja obtuvieron de que unos hombres llegasen a la suya desde estas tierras!»⁴¹.

Este detalle de la remota llegada de naufragos sitúa necesariamente la isla sobre el Océano, es decir, más allá de las Columnas de Hércules, inscribiéndose el acontecimiento en la serie de arrastres tormentosos que se suponen sucedidos al salir del Estrecho. Es, pues, un indicio que se le escapó a Moro, por el que se traiciona su deseo ocultista, hasta permitir entrever que es el mundo atlántico del Caribe el que tiene en su subconsciente, como resorte inspirador.

El hecho es natural, pues no en vano se publicó en Amberes la famosa carta de Colón sobre el descubrimiento, ya en 1493, como luego se reimprimió en Basilea, con llamativas ilustraciones, donde se representan naves, la arribada a La Española, y hasta ciudades con murallas y castillos. Forzosamente tuvieron así que estar estas noticias en el fondo de las reflexiones de Moro, máxime cuando en el texto se hacía alusión a la gran isla que «es mayor que Ynglaterra y Escoçia juntas»; a la moral de los habitantes: «que todos los onbres sean contentos con una muger», y donde se ofrecía el hecho de la comunidad de bienes, pues «me paresció ver que aquello que uno tenía, todos hazían parte, en espeçial de las cosas comederas». Como también se retrata a las gentes como generosas, pacíficas y hospitalarias⁴².

Un comentario a la obra de Tomás Moro, escrito por Vasco de Quiroga en México, en su *Información de Derecho*, que se fecha el 24 de julio de 1535 —es decir, veinte años después de la publicación de la *Utopía*—, nos ofrece la mejor y más temprana interpretación sobre las noticias que pudieron mover al humanista inglés, «varón ilustre y de ingenio más que humano», según le llama, que supo entender «el arte y manera de las gentes simplicísimas de este Nuevo Mundo, y [que] pareciéndole —dice Quiroga— que en todo eran conformes y semejantes a aquellas de aquella primera edad dorada,

41 Moro, *Utopía* (19), p. 74, al finalizar el libro I.

42 Vid. la edición y estudio que hicimos de esta pieza: Demetrio RAMOS: *La Carta de Colón sobre el descubrimiento*. Excma. Diputación de Granada, 1983, párrafo 16. También, especialmente ampliado en *La primera noticia de América*, ya citada (8).

sacó para el único remedio de él y de ellos, como inspirado del Espíritu Santo, de las costumbres de aquellos, las ordenanzas y muy buen estado de república...»⁴³.

Si fue en 1515 cuando Moro pasó a Flandes, en la embajada que había de convenir las nuevas condiciones de comercio, año en el que comenzó su *Utopía*, a cuenta del supuesto encuentro con Hitlodeo, acompañado por su amigo Pedro Egidio, la fuente promotora de su impulso no puede ser ya la carta colombina, por quedar muy lejos en el tiempo —a doce años de distancia—, aunque estuviera en su recuerdo. A Erasmo —que estaba en Londres— debía Moro el conocimiento de Egidio, para quien le dio una carta de presentación⁴⁴. Seis meses duró la misión en Flandes —dato que Moro hace constar en la carta que escribió a Erasmo a su regreso a Londres—. Y fue poco después cuando, recluido en su retiro de Gobions, escribiría Moro el libro de introducción de la *Utopía*, que primero intituló *Nusquam* —en ninguna parte—⁴⁵, siempre en relación con Erasmo. Es entonces, en 1566, cuando —según lo relata en una de sus cartas— tuvo Moro un sueño, en el que los habitantes de Utopía le nombraban soberano de la isla y le coronaban, a cuyo acto asistían como invitados Tunstall y el propio Erasmo⁴⁶. ¿Puede darse mayor identificación entre ambos humanistas? Incluso en el empeño y propósito, pues sabemos también que, por haberse deslizado muchos errores en la primera edición de la *Utopía*, Moro envió a Erasmo un ejemplar, con las debidas correcciones, para que se cuidara de la nueva impresión, que se llevó a cabo en París en 1517. Mas, como tampoco quedó debidamente, Erasmo —que había viajado de nuevo a Londres— recogió otro ejemplar corregido de manos de Moro, para encargarse de otra edición, que se llevó a cabo en 1518, en Basilea.

El problema está —ya que la *carta de Colón* y las *Quator Navigationis* quedaban lejos—⁴⁷ en identificar cuál puede entonces ser el motor del impulso de Moro, que, a la luz de la fecha de la primera impresión de la *Utopía*, debemos encontrar en un tiempo inmediato a 1516, o poco antes. Es así como llegamos a una conclusión válida, pues esta aproximación sólo se da con la publicación, en 1511, por Cromberger, en Sevilla, de los diez libros de la primera década del *De Orbe Novo* de Pedro Mártir de Angleria,

43 Vasco de QUIROGA, «Información de Derecho», en la CoDoIn, América (27), T.X., p. 493. Sobre este alegato, Paulino Castañeda, *Don Vasco de Quiroga y su Información en Derecho*, Madrid, Porrúa, 1974. Apreciaciones importantes sobre la proyección de la Utopía en José Antonio Maravall, *Utopía y contrautopía en el Quijote*, Santiago de Compostela, Pico Sacro, 1976.

44 Andrés VAZQUEZ de PRADA: *Sir Tomas Moro*, (38), p. 175.

45 Sobre la redacción, vid. J. H. HEXTER: *More's Utopia. The Biography of an Idea*. Nueva York, Harper Torchbooks, 1965.

46 H. M. ALLEN: *Opus Epistolarum Des. Erasmi Roterodami...*, Oxford, 1906-1947, vol. II, carta 499.

47 Tampoco encaja cronológicamente el *Libretto de tutta la navigazione del Re de Spagna de la Isola et terreni nuovamente trovati*, que se imprimió en Venecia en 1504, reimpresso en Vicenza en 1507, con los *Paesi nuovamente ritrovati et novo mondo de Americo Vesputio*.

en un tomito en el que se incluía también la *Opera Legatio*⁴⁸, es decir, el relato del viaje que el autor hizo hasta el Cairo, como embajador de los Reyes Católicos, en 1501-1502, para evitar las represalias con que amenazó el sultán por la conquista de Granada y la presión evangelizadora sobre sus gentes. Reunía así la obra una excelente condición: la de ofrecerse, por mano del propio humanista italiano, el relato del encuentro con el mundo indígena indiano, con la descripción de los hábitos y cualidades de los indios de las islas Antillas, al mismo tiempo que, en contraste, la información sobre las gentes del ámbito islámico de Egipto, lo que para un hombre curioso por las actitudes de poblaciones tan dispares tendría un atractivo inmenso.

A los efectos que en Moro tuvo que promover esta edición de 1511, que llegaría a sus manos algún tiempo después, quizá pudieran unirse los de las tres primeras décadas del *De Orbe Novo*, que se editaron en Alcalá de Henares, por Arano Guillén de Brocar, en el propio 1516, aunque dudamos que fueran conocidas por el humanista inglés, con posibilidad de disfrutar con su lectura, antes de concluir su obra. Como en la redacción de aquella primera década de 1511 ya se insistía lo suficiente sobre el carácter felicísimo de los indios de La Española, isla que, como la de *Utopía*, se decía separada del Continente (tal se consideraba a la Juana o Cuba) por un estrecho. Si éste fue el molde geográfico que aprovechó Moro, no lo podemos asegurar. Pero a esta coincidencia se une lo que figura en la obra de Anglería sobre los indios, que son —dice— «más felices que aquellos [que conoció Eneas], con tal que reciban la religión; porque, viviendo en la edad de oro, desnudos, sin pesos ni medidas, sin el mortífero dinero, sin leyes, sin jueces calumniosos, sin libros, contentándose con la naturaleza, viven sin solicitud ninguna acerca del porvenir...»⁴⁹. Es más, como se refiere en otra parte, «tienen ellos por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos *mío y tuyo*, semillas de todos los males... Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos...; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria a cualquiera...»⁵⁰.

Con estas sugerencias, parece comprensible que el gran ingenio de Moro se exaltara, dada la ejemplaridad que le ofrecían, hasta parecer el molde en que se vació su entusiasmo. Tal nos parece que pudo suceder con esa insistencia de Anglería en resaltar que en La Española los indios no cercaban sus tierras, lo que quizá impulsó a Moro a aquel discurso del libro I, sobre el desastre que padecía el campo en Inglaterra, por lo contrario, lo que empujó a las gentes al robo, a causa, dice, de las ovejas «que tan mansas

48 De esta edición publicó una versión depurada de los errores deslizados, con la traducción correspondiente, Luis García y García, con prólogo y notas, que tituló *Una embajada de los Reyes Católicos a Egipto*, Valladolid, C.S.I.C., 1947.

49 Pedro MARTIR de ANGLERIA: *De Orbe Novo*, década I, lib. II, cap. IV, pp. 145-146 del t. I de la ed. de Madrid, 1892, versión española de Joaquín Torres Asensio.

50 Anglería (48), década I, lib. III, cap. VIII, t. I, pp. 201-202.

eran y que solían alimentarse con tan poco...», mientras «ahora, según se cuenta [son] de tal modo voraces e indómitas que se comen a los propios hombres y devastan y arrasan las casas, los campos y las aldeas. En aquellas regiones del reino [de Inglaterra] donde se produce una lana más fina y, por consiguiente, de más precio, los nobles y señores y hasta algunos abades... no dejan nada para el cultivo y todo lo acotan para pastos... Y para que uno sólo de estos cargos —sigue diciendo Moro—, azote insaciable y cruel de su patria, pueda circundar de una empalizada algunos miles de yugadas, arrojan a sus colonos de las suyas, los despojan por el engaño o por la fuerza o les obligan a venderlas... Y así de cualquier manera esos infelices...»⁵¹.

El contraste entre el párrafo de Anglería y este de Moro, en su *Utopía*, ¿no sugiere el efecto explosivo provocado por aquella imagen en la que el humanista de la corte española se complacía en ofrecer un ejemplo que, ante la situación de Inglaterra, excitaba a tal reacción, como respuesta? Es natural, por consiguiente, que Moro se sintiera tentado a contraponer una realidad presentida a una realidad padecida, aportando ese mundo de cultivada civilización, en que a la pureza racional de vida se unía el menosprecio a las riquezas y, especialmente, al oro⁵². Era su necesaria aportación, impulsado Moro por el deseo de prevenir sus efectos. Del mismo modo que quiso imaginar aquella sociedad de los utopienses al estilo de una comunidad religiosa modélica —siendo paganos, para mayor lección—, en lo que no hizo otra cosa sino trasladar la forma en que se vivía en su propio hogar.

Por último, no sólo por el contenido y por la época de la edición del *Orbe Novo* parece comprensible que la primera década de Mártir de Anglería fuera el detonante de la *Utopía*, sino también por la atracción que para Moro tendría el leer los relatos del cortesano español, escritos en latín por un hombre que comulgaba con sus aficiones a las letras clásicas. Así, un humanista traspasaba su carga de novedades a otro humanista, que quiso convertirlas en futurismo. Además, si desde noviembre de 1501 estaba en Londres Catalina de Aragón, ¿no es lógico que los libros españoles llegaran a la corte británica con normalidad y que se pusieran de moda entre los cortesanos?

Una cuestión más que se nos cruza, como remate: ¿fue Moro el primero que se dejó atraer por esos efectos de la noticia del Nuevo Mundo para soñar con la posible sociedad perfecta? Porque lo curioso es que también en ello se vio precedido desde España, con el programa que debió debatirse en los cenáculos humanistas, hasta empapar con

51 Moro, *Utopía* (19), p. 53.

52 Así como Tácito, en su *Germania*, se «asombra de ver cómo los bárbaros trataban las vasijas de plata, regaladas a sus embajadores o jefes, con igual desprecio que si fueran de barro», los habitantes de Utopía «comen y beben en vasijas de barro y de vidrio trabajadas con gran primor, pero de valor muy escaso. En cambio, «con el oro y la plata hacen orinales y bacines para los usos más denigrantes» (*Utopía* (19), p. 937. «Buscan, pues, por todos los medios envilecer el oro y la plata...».

tales propósitos las instrucciones que se le dieron a Nicolás de Ovando, en lo que quizá intervino el propio Mártir de Anglería⁵³. Por ello nada nos puede extrañar lo que llevó a cabo Moro: al fin y al cabo, un intento colonizador imaginado, por su propia cuenta.

En fin, como dijo Cervantes, «quédese aquí esta plática»⁵⁴, para no entristecernos porque todo ello no fuera verdad.

53 Vid. Demetrio RAMOS: «El gobierno del comendador Ovando: el nuevo orden», estudio que se incluyó en el T. VII de la *Historia General de España y América*, de la Editorial Rialp, tomo titulado *Descubrimiento y fundación de los reinos indios*, Madrid, 1982, pp. 141-161.

54 Vid. el excelente estudio del académico José GELLA ITURRIAGA, *Los pensamientos populares en las obras de Cervantes*, publicado por el Instituto de España, Madrid, 1981.